

Cómo citar este trabajo: Urteaga, E. (2018). [Review of the book *La mondialisation des pauvres. Loin de Wall Street et de Davos*, by A. Choplin & O. Pliez]. *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, 77, 581–589.

RESEÑA LITERARIA

Choplin, A., & Pliez, O. (2018). *La mondialisation des pauvres. Loin de Wall Street et de Davos*. Paris: Seuil, 128 pp.

Eguzki Urteaga

Universidad del País Vasco (España)

Armelle Choplin y Olivier Pliez acaban de publicar su obra titulada *La mondialisation des pauvres. Loin de Wall Street et de Davos*, en la editorial Seuil cuya colección La République des Idées está codirigida por Pierre Rosanvallon e Ivan Jablonka. Conviene recordar que Armelle Choplin es profesora de geografía en la Universidad Paris-Este Marne-la-Vallée y forma parte del Instituto de Investigación por el Desarrollo. Entre sus obras más relevantes figura *Nouakchott, au carrefour de la Mauritanie et du monde* (2009), además de numerosos artículos científicos. En cuanto a Olivier Pliez, es geógrafo y director de investigación en el CNRS, en el seno del laboratorio LISST situado en Toulouse. Ha publicado, entre otros trabajos, *Villes du Sahara, urbanisation et urbanité dans le Fezzan libyen* (2003), *Migrations entre les deux rêves du Sahara* (2005), escrito en colaboración con Sylvie Bredeloup, y *Les Cités du désert. Des villes sahariennes aux saharatowns* (2011).

En la introducción de la presente obra, los autores constatan que, “como fenómeno que pone en relación sociedades y espacios a través de la intensificación de los intercambios, la mundialización produce desigualdades” (p. 7). No en vano, desean mostrar el rol, ampliamente desconocido pero decisivo, de los más modestos en la economía mundializada, ya que “la circulación de los bienes contribuye a dar forma a unos modos de vida y de subsistencia de los pobres” (p. 7). En ese sentido, estos últimos no están excluidos de la mundialización porque están integrados en el mundo globalizado, “hasta el punto de que la mundialización no puede ser comprendida sin sus maneras de ser, de producir y de consumir” (p. 8). Este libro demuestra cómo esta integración de los pobres transforma espacios y grupos sociales, generalmente percibidos como periféricos.

Los geógrafos galos subrayan que, en los discursos contrarios a la mundialización, los pobres son a menudo percibidos como puras víctimas. “Los pobres son considerados como los excluidos [y los marginados] de la mundialización. La mundialización sería un proceso selectivo que pondría en competencia espacios y sociedades para [acceder a] unos recursos importantes, pero

concentrados y repartidos de manera desigual. La exclusión de los pobres (...) se caracterizaría (...) por un proceso de acceso desigual a estos recursos” (p. 9). Otra postura consiste en denunciar “la manera injusta según la cual los pobres son integrados en la mundialización. Denunciar la explotación, especialmente de aquellos obreros que trabajan en condiciones dramáticas en unas fábricas de producción deslocalizados”, es buena prueba de ello (p. 9).

El primer objetivo de los investigadores consiste en poner de manifiesto “lo que la mundialización induce cuando afecta, solicita o compromete los grupos [designados] como pobres” (p. 10). Según el Banco Mundial, es considerada como pobre cualquier persona que vive con menos de 1,9 dólares al día, lo que significa que la pobreza extrema afecta al 12,5 % de la población mundial (p. 10). A un nivel superior, es decir en lo que se refiere a las personas que gozan de entre 2 y 10 dólares al día, los individuos aspiran a la estabilidad profesional a fin de dedicar medios adicionales a la sanidad y a la educación así como a la compra de bienes de consumo (p.10). Más allá de estas definiciones puramente monetarias, “la pobreza alude (...) a una condición material relativa en un contexto de reparto desigual de los recursos, [aunque sea] igualmente el producto (...) de una relación social desigual” (p. 11).

La cuestión es que los pobres, cuyas rentas son escasas por definición, constituyen “una masa gigantesca de consumidores por su número en todo el planeta. Sus capacidades de compra son extremadamente desiguales, pero son cada vez más el blanco de perspectivas de ampliación del mercado” (p. 11). Esta población mayoritaria, con rentas limitadas, “experimenta la mundialización en los espacios [situados] al margen de los grandes centros de acumulación del capital o en los intersticios de este” (p. 11). Son lugares en los cuales toman forma unos intercambios transnacionales menos visibles que aquellos contemplados “desde el punto de vista de las grandes [empresas] internacionales de las ciudades globales o de los flujos masivos de mercancías y capitales” (p. 11). Estos espacios discretos son las principales vías de acceso y de experimentación de la mundialización para los pobres. Se posicionan, hoy en día, como “nuevas fronteras del capital y los pobres [aparecen] como nuevos consumidores a conquistar” (pp. 11–12).

El enfoque elegido por los geógrafos galos implica descentrar la mirada, sobre todo como consecuencia del ascenso de los BRICS (Brasil, Rusia, India, China y África del Sur), es decir de “estas grandes potencias emergentes cuyo peso económico, pero también geopolítico, no ha parado de crecer durante los años 2000 e incluso después de la crisis financiera de 2008” (p. 12). Se trata de ir más allá de una visión binaria del mundo que opondría los países ricos del Norte a los países pobres del Sur, ya que “las fronteras son cada vez más porosas entre estas categorías” (p. 12). En otras palabras, la perspectiva privilegiada supone “una desoccidentalización” del pensamiento y, así, “un desplazamiento de la mirada hacia unos espacios considerados como marginales” (p. 12). La perspectiva propuesta en este caso pone el énfasis en

“unos retos de espacio, de territorio y de escala, movilizándolo unos métodos y una manera especializada de leer, decir e interpretar [la realidad]” (p. 13).

El propósito de los autores se divide en dos fases. En la primera, precisan lo que entienden por mundialización, que distinguen de la globalización, para insistir sobre la dimensión espacial. Esto los lleva a centrar su atención en las cuestiones del comercio y del intercambio (p. 13). Mientras que, en la segunda, confrontan los planteamientos teóricos y metodológicos con la realidad empírica estudiada en sus trabajos de campo. Es cuestión de comprender lo que “la mundialización produce cuando está en contacto con los pobres y se instala en los espacios más alejados” (pp. 13–14).

En el primer capítulo, titulado “una mundialización no tan discreta”, los investigadores franceses recuerdan que la mundialización designa “el nivel más elevado de la escala geográfica” (Grataloup, 2010). En ese contexto, cada lugar, además de su materialidad, tiene su sentido, su identidad y su personalidad. Así, “la City de Londres, la Silicon Valley en California y Hong Kong en Asia son unos lugares significantes de la mundialización económica” (p. 16). Y, si todos los lugares están conectados con otros, algunos “super-lugares” se distinguen por su capacidad para fomentar el mayor nivel de movilidad (p. 17).

De hecho, desde los años 1990, ante la emergencia del “sistema-mundo” y la incapacidad para poder comprenderlo a través de monografías, algunos autores, como George Marcus (1995), han desarrollado una “investigación etnográfica multi-situada” que consiste en seguir las mercancías o las personas, a fin de comprender “las escalas o las discontinuidades de procesos que se pueden observar en un lugar preciso, pero que se deslizan generalmente hacia varios sitios” (p. 18). El análisis multi-situado no aspira solamente “a seguir los flujos de mercancías o de personas, sino a describir y comprender los anclajes, nudos y vínculos” (p. 19).

De hecho, la mundialización concierne a una pluralidad de actores y de conexiones entre lugares a diferentes niveles (p. 19). “La imbricación creciente entre las formas espaciales estáticas y aquellas producidas por las dinámicas de la mundialización (...) plantea la cuestión (...) de las claves de la lectura multi-escalar del espacio en un contexto globalizado” (pp. 19–20). Algunos autores como Charles Piot (1999) han elegido un enfoque empírico de “las interconexiones entre [lo] local y [lo] global, tomando como punto de partida un espacio localizado y bien definido (...) para posteriormente estudiar ese lugar local en un conjunto más amplio” (p. 20). A la inversa, desplazar la mirada hacia una escala global provoca “una pérdida de información local” (p. 20). Ante ese dilema, la solución consiste, como lo sugiere Alejandro Portes (1999), en analizar la “mundialización desde abajo” (p. 20). Alain Tarrus (2002) ha utilizado esta misma expresión “para poner en perspectiva sus trabajos sobre las nuevas movilizaciones económicas de las comunidades transnacionales magrebíes” (p. 21). Para ambos investigadores, “las comunidades transnacionales

son llevaderas de esta otra mundialización que se construye en los intersticios de la economía mundial” bajo el impulso de los Estados y de las empresas multinacionales (p. 21).

A su vez, como lo indica el empresario y político indio Sam Pitroda, “vender a los pobres, es identificar un mercado e incluso crearlo” (p. 22). En efecto, India consta de un tercio de pobres, es decir de cerca de 400 millones de personas (p. 23). Esto significa que “estos márgenes del mundo, los espacios pobres y poblados de pobres, donde la mundialización es todavía discreta, presentan unos inmensos márgenes de progresión para la economía de mercado” (pp. 23–24). Ese proyecto ha conocido un inmenso éxito. “Ha suscitado numerosos estudios y la puesta en marcha de proyectos por grandes [empresas] mundiales, [atraídas] por ese mercado lleno de promesas” (p. 24). Hoy en día, las multinacionales ven los pobres como un mercado a conquistar, al tiempo que desarrollan unos discursos y unos proyectos que favorecen el desarrollo (p. 25).

En ese sentido, interesarse por los pobres y la manera en que la mundialización se enraíza en espacios inesperados y bajo formas inhabituales, “exige desplazar la mirada. Es preciso [desplazarse] de los centros a los márgenes” (pp. 25–26). En otros términos, es necesario observar unos espacios discontinuos e incluso ignorados, es decir los espacios discretos de la mundialización (p. 26). Es preciso descentrar la mirada, porque las divisiones clásicas, Norte/Sur, países desarrollados/países en vía de desarrollo, países ricos/países pobres, “ya no permiten comprender la complejidad del mundo” (p. 26). De hecho, las nuevas vías que escogen los intercambios transnacionales, más marítimos que terrestres, dan cuenta de ese descentramiento (p. 26). En suma, esta geografía des-occidentalizada se dibuja “entre unos lugares conectados por unas [vías] que forman un espacio reticular y [cuestiona] las delimitaciones y los grandes conjuntos [del pasado]” (p. 27).

La mundialización afecta igualmente a las ciudades, hasta el punto de hablar de ciudades globales (Sassen, 2004). “La necesidad, para los flujos de capitales de anclarse, para las grandes empresas de implantarse en unos lugares precisos, y, [de ese modo], de concentrarse en porciones reducidas [del territorio], moldea un archipiélago de ciudades globales ultra-conectadas entre sí” (p. 28). En realidad, “esta nueva geografía de los intercambios internacionales se apoya (...) en [una serie] de ciudades, más o menos grandes” (p. 29). Estas ciudades, “como puntos de anclaje de las rutas, [como] lugares de producción, pero también y, sobre todo, [como espacios] de comercialización y de consumo, permiten articular y hacer funcionar esta mundialización discreta” (pp. 29–30). Esta última altera y perturba, por lo tanto, “ciertas jerarquías urbanas preestablecidas y pone igualmente el énfasis en otras formas urbanas” (p. 30).

En el segundo capítulo, centrado en los espacios mundializados del Mediterráneo, los geógrafos galos “analizan dos casos de construcción histórica de rutas comerciales transnacionales, así como las formas espaciales y sociales que estos intercambios producen en unos espacios aparentemente

periféricos con respecto a otros lugares de cruce de grandes flujos transnacionales” (p. 33). En primer lugar, estudian los mercados argelinos de bienes de consumo sobre un intervalo de treinta años a través de sus conexiones con Francia y, posteriormente, con China (p. 33). En segundo lugar, analizan los vaqueros chinos vendidos en los mercados de pobres del Cairo previo paso por los confines libios (p. 33). En ese sentido, “el espacio mediterráneo se presenta como un excelente lugar de observación y de análisis de la génesis de esta mundialización” (p. 33). Los autores intentan comprender “cómo estos espacios de intercambio se han construido y se construyen, cómo se deslizan en el tiempo de un lugar a otro, y cómo se pone en marcha una economía del mostrador cuyos tramos, distintos en su origen, se han progresivamente reunido en Asia para formar las rutas de un intercambio transcontinental de una intensidad inédita” (p. 34).

Argelia es emblemático “del nuevo despliegue de las rutas mercantiles de abastecimiento en el contexto mediterráneo” (p. 35). De hecho, durante las últimas tres décadas, una primera ruta transnacional se dibuja: “una, desde Francia, es una herencia colonial, mientras que la otra, desde Libia, resulta del choque petrolífero de 1973” (p. 35).

Así, durante los años 1970 y 1980, realizan conexiones entre las grandes ciudades portuarias de la Europa del Sur, que son Marsella, Génova y Barcelona, y las ciudades magrebíes que se encuentran a proximidad, donde revenden sus mercancías (pp. 36–37). En la orilla norte del Mediterráneo, “es todo un dispositivo de abastecimiento que se construye, a fin de responder a la demanda creciente en productos de consumo” (p. 37). Inicialmente regional y nacional, se convierte rápidamente en europeo (p. 37). En la orilla sur, especialmente en Argelia, “en un contexto de liberalización de las importaciones, la demanda emergente de los mercados de consumo” es considerable. Su amplitud estimula las cadenas que se extienden y se apoyan tanto en fuentes de abastecimiento como en lugares de reventa (...) que irrigan el conjunto de los hogares (...) de los Estados magrebíes” (p. 37).

El caso tunecino revela otra estructuración de los depósitos comerciales transnacionales en el sur del Mediterráneo. El año 1973 marca “el despegue económico de los países exportadores de hidrocarburos, el cual genera nuevos flujos de personas y de mercancías, fuera de la órbita de las relaciones de dominación Norte/Sur” (p. 38). De hecho, durante los años 1970 y 1980, “El Oued se convierte (...) en una de las plazas mercantiles fronterizas más importantes del Magreb, gracias a la emergencia de un mercado de consumo en la región subsahariana del Souf. (...) El Oued está, desde 1970, directamente conectado con el mercado libio” (p. 39). Mercados, como el de El Oued, son un reto de primer orden para las gobernanzas urbanas locales y el desarrollo económico regional “que conducen, [tanto] poderes públicos [como] actores de la esfera económica, a negociar, sin cesar, la articulación entre el desarrollo urbano y la inserción de los mercados en las redes” (p. 41).

En cuanto a los vaqueros producidos en China, utilizan a menudo vías legales o ilegales, pero siempre toleradas, “hasta los mercados de consumo más modestos (...) para alcanzar un mercado de gran magnitud, el de los pobres” (p. 42). Las rutas de la mundialización por abajo están jalonadas por puntos de anclaje, “que varían en función de los contextos sociales, económicos y geopolíticos atravesados tanto en Oriente como en África del norte” (p. 42). Las calles comerciantes del centro urbano de la metrópoli egipcia del Cairo son, por lo tanto, “el destino de las mercancías vendidas a un mercado de varios millones de clientes en demanda de productos a bajos precios” (p. 43). Se estima en 40 millones de personas, el mercado de consumo de ropa a precios muy bajos. Esta clientela frecuenta los innumerables mercados del Cairo (p. 44).

En Libia, Trípoli ha desempeñado históricamente un rol de puerto comercial mediterráneo. Esta actividad ha sido propiciada por Gadafi, en los últimos años de su régimen, a través del escaso nivel de impuestos sobre los productos importados y de su posición de cruce de flujos migratorios desde el Sahel y África del norte (pp. 48–49). El Estado libio, gracias a la renta proveniente de la venta de hidrocarburos, ha llevado a cabo políticas económicas intervencionistas especialmente controlando las importaciones de bienes de consumo (p. 49). “Durante los años 1970 y hasta el contra-choque petrolífero de mediados de los años 1980, la prosperidad del régimen le permite redistribuir a la población estos productos a bajos precios, como consecuencia de una política de subvenciones”, lo que convierte sus productos en muy atractivos para los consumidores de los países vecinos (p. 49). No en vano, la caída del precio de los hidrocarburos, asociado a las sanciones internacionales impuestas al régimen libio entre 1982 y 1999, se repercute en la actividad económica y comercial del país (p. 49). Maginado, Libia se convierte entonces en una plataforma de reexportación de mercancías importadas, “en el cruce de cadenas de valor transnacionales conectados a los mercados de venta (...) de Estambul, Arabia Saudita, Dubái y Asia oriental” (p.49).

Por último, los Emiratos Árabes Unidos, a fin de mantener su rol de intermediario en los intercambios con Asia, “han intentado salir de su función esencialmente orientada hacia la reexportación para atraer unas [empresas] asiáticas (chinas e indias), lo más cerca posible de sus salidas comerciales árabes y africanas” (p. 57). Si la crisis financiera de 2008 ha relativizado el rol ineludible de Dubái, esta ciudad “sigue siendo un relevo útil, un mostrador y un punto de ruptura de carga sobre unas rutas marítimas que, desde Asia oriental, vinculan (...) los puertos mediterráneos” (p. 57). Así, durante los años 1990, apoyándose en Dubái y aprovechándose de las conexiones aéreas creadas por los demás emiratos de la región, “los comerciantes árabes y africanos [amplían] sus redes mercantiles a Asia” (p. 57).

En el tercer capítulo, que aborda las mundializaciones africanas, los autores observan que, “mientras que se anuncia la duplicación de la población africana de aquí a 2050 (...), el continente

africano se afirma como la última frontera del capitalismo mundial” (pp. 75–76). Existen vínculos intensos entre el continente africano y el resto del mundo, especialmente ilustrados por el desarrollo de los intercambios con China que genera beneficios diplomáticos y económicos mutuos (p. 76). Estas evoluciones invitan a mirar a África de manera diferente, de cara a comprender “en tiempo real la geografía cambiante de los mostradores y unas rutas transnacionales que los vinculan con el resto del mundo” (p. 76). “Infraestructuras portuarias, grandes ejes viales y depósitos materializan la intensidad de los intercambios y de las conexiones, que revisten [nuevas] formas. Estos mostradores están intensamente conectados con el mundo y vinculados entre sí. Forman unos corredores de urbanización, circulación y consumo que alimentan y [utilizan] pequeños comerciantes, viajeros, hombres de negocio y migrantes” (p. 76).

Los autores estudian especialmente los pobres que “viven, se alojan, se desplazan y consumen en unos espacios hoy en día conectados” (p. 76). Se centran en el corredor urbano que va de Abiyán a Lagos, correspondiente a “la mayor concentración urbana de África” (pp. 76–77). Para ello, escogen las rutas oeste-africanas que permiten “comprender la intensidad de los intercambios que se tejen en su seno. Estos intercambios (...) son [realizados] por los actores discretos de la mundialización” (p. 78). Los análisis multi-situados y dinámicos revelan hasta qué punto los intercambios están mundializados, a pesar de que los países tengan dificultades para poner en marcha la Comunidad Económica de los Estados Africanos del Oeste que aspira a propiciar “la movilidad de [las personas] y de las mercancías en ese espacio” (p. 78).

Como lo subrayan los investigadores franceses, “en África del Oeste, el número de pasajeros y de mercancías en circulación ha aumentado fuertemente estos últimos años, así como el número de operarios de transporte” (p. 78). Más concretamente, el transporte por carretera en autobús ofrece un servicio internacional cada vez más eficaz y “accesible a los viajeros menos adinerados” (p. 79). Mientras que el transporte aéreo ha ampliado los horizontes y facilitado la circulación de las personas y de los bienes, completando así esta oferta de transporte (p. 79). Para numerosos viajeros, “el comercio es la primera motivación de estos desplazamientos de larga distancia. Estos individuos hacen gala de una gran flexibilidad. Son capaces de cambios de itinerario, de soportar la dura realidad de los controles, esperas, negociaciones [y] tráficos de todo tipo” (p. 81).

Simultáneamente, los autores hacen un seguimiento de las mercancías, tales como los sacos de cemento, en las rutas oeste-africanas a partir de dos enfoques: “la del *material turn*, que focaliza las investigaciones en los objetos de [la vida cotidiana], y la del *follow the thing*, que permite remontar una cadena” (p. 86). Recuerdan que, “en los países del Sur, donde los individuos viven mayoritariamente del comercio informal y, por lo tanto, de las rentas irregulares, la materialidad urbana es reveladora de las dificultades a las que se enfrentan los ciudadanos pobres” (p. 89). La mayoría tiende a comprar unos materiales, entre los cuales se encuentra el cemento, que depositan

posteriormente en sus parcelas (p. 89). Es una manera de atesorar su dinero (p. 89). En ese contexto, “el cemento reviste un significado particular. No se trata simplemente de ser propietario de una parcela, sino de afirmar, gracias a la dureza del cemento y del ladrillo”, que su dueño es una persona respetable (p. 90). Esto da cuenta de la constitución de una cultura del cemento en África alimentada por grandes grupos empresariales y poderes públicos que fomentan la oferta y la demanda (p. 91).

En definitiva, esta investigación sobre los objetos transnacionales debe considerarse, según los autores, como una etapa “en el proceso continuo de mutación, innovación y bifurcación. Sin cesar, se crean, se extienden y desaparecen unos territorios que vinculan un número infinito de lugares dispersados en [todo] el planeta. Su aprensión, compleja, pasa por unos juegos de escalas donde lo local y lo global, así como los niveles intermedios de las regiones o de los Estados, son trabajados por unas dinámicas reticulares que modifican sus contornos” (p. 107). En ese sentido, “los márgenes se dibujan de nuevo, lejos de las oposiciones tradicionales [que están] cada vez más en desuso” (p. 107). Si ciertas líneas divisorias desaparecen progresivamente, otras aparecen, “revelando la importancia de los anclajes y de las disparidades espaciales” (pp. 107–108).

Más allá, los autores desean mostrar que “el hecho de ser pobre reviste diferentes realidades, con todos los matices que conviene aportar a una categoría demasiado general” (p. 108). De hecho, ser pobre significa también participar en la mundialización, “haciendo negocios, creando su empresa, tejiendo vínculos con el extranjero, pero también soñando, viajando (...) y, finalmente, consumiendo. (...) Nutren una mundialización inventiva, encarnada [y] viva” a menudo ignorada (p. 109).

Al término de la lectura del libro *La mondialisation des pauvres*, es obvio reconocer la originalidad de la perspectiva elegida que consiste en analizar la participación de los pobres, como productores y consumidores, en la mundialización a través de los intercambios transnacionales, especialmente en las zonas periféricas y discretas del planeta. En ese sentido, se alejan de una visión “miserabilista” y victimaria de los más modestos, que los condena al ostracismo y a la marginación, para considerarlos como actores plenamente integrados en los intercambios comerciales a nivel mundial. A su vez, se distancian de una mirada centrada en Occidente para desplazarla hacia espacios aparentemente secundarios donde se inventan unas prácticas globales que modifican en profundidad la economía del mundo. De la misma forma, permiten descubrir una mundialización alternativa estudiada desde abajo, que ofrece el punto de vista de los actores que la hacen. No en vano, la multiplicación de los casos estudiados, aunque vinculados entre sí, genera cierta confusión y acaba perdiendo al lector en ciertos apartados del libro.

En cualquier caso, la lectura de esta obra es indispensable para comprender la mundialización de los pobres.

Bibliografía

- Breteloup, S., & Pliez, O. (2005). *Migrations entre les deux rives du Sahara*. Genève: Autre part.
- Choplin, A. (2009). *Nouakchott, au carrefour de la Mauritanie et du monde*. Paris: Karthala.
- Grataloup, C. (2010). *Géohistoire de la mondialisation, le temps long du monde*. Paris: Armand Colin.
- Marcus, G. (1995). Ethnography in/of the World System: the Emergence of Multi-Sited Ethnography. *Annual Review of Anthropology*, 24, 95–117.
- Piot, C. (1999). *Remotely Global: Village Modernity in West Africa*. Chicago: Chicago University Press.
- Pliez, O. (2003). *Villes du Sahara, urbanisation et urbanité dans le Fezzan libyen*. Paris: CNRS Editions.
- Pliez, O. (2011). *Les Cités du désert. Des villes sahariennes aux saharatowns*. Marseille-Toulouse: IRD-PUM.
- Portes, A. (1999). La mondialisation par le bas. L'émergence des communautés transnationales. *Actes de la recherche en sciences sociales*, 129, 15–25.
- Sassen, S. (2004). Introduire le concept de ville globale. *Raisons politiques*, 153, 9–23.
- Tarrus, A. (2002). *La mondialisation par le bas. Les nouveaux nomades de l'économie souterraine*. Paris: Balland.